

cluido el oficio en el lugar santo, postrado delante de un Crucifijo hasta la misa, que oía con los demás fieles. Tuvo el don de milagros, y el mas maravilloso aun de curar la ceguera de los sectarios obstinados, á los que la elocuencia de los hombres mas doctos no habia podido persuadir. Un dia que asistió á maitines y perseveró en oracion hasta la misa, conforme lo tenia de costumbre, se postró al *Gloria in excelsis* estendidos los brazos en forma de cruz. Al ver que no se levantaba al Evangelio, creyeron todos que estaba dormido: quisieron despertarle y le hallaron muerto. Fue su tránsito en 13 de Noviembre de 1197, dia en que la Iglesia venera su memoria.

69. Todo se disponia entretanto en el mundo cristiano para ofrecer espectáculos en un todo diversos. La predicacion de la cruzada en todas las regiones del occidente desde la muerte de Saladino, esto es, durante el espacio de siete á ocho años, dió fervor á todos los espíritus, y juntó una infinidad de combatientes de todas las naciones. Tanto creció desde el tiempo del Papa Celestino en sola la Alemania el número de cruzados, que formaron tres egércitos, y llegaron todos á Palestina. Mas las facciones y trastornos que originó en su patria la muerte del Emperador Enrique VI, les hizo volver á ella sin haber adquirido ninguna ventaja notable á los cristianos de oriente, á quienes por otra parte escandalizaron en gran manera con su vida desarreglada, y aun sospecharon que tenian inteligencia con los sarracenos para hacerles perecer. El resto mucho mas numeroso

de occidentales que partieron despues de estos para la propia expedicion de la cruzada, todavía fueron menos provechosos á la tierra santa, pues no pusieron en ella los pies.

Disgustados de los viages por tierra, casi todos funestos, acordaron ir por mar. Habiéndose reunido en el centro de la Francia, patria de la mayor parte de ellos, trataron con la república de Venecia, á fin de obtener los buques necesarios para el transporte, y para esto determinaron que se entregaria la suma de ochenta mil marcos de plata (1). Murió en el ínterin el conde de Champaña, nombrado gefe de la expedicion en la edad de veinticinco años, y ofrecieron el mando al duque de Borgoña y al conde de Bar; mas no habiéndole admitido, se le dieron por fin á Bonifacio II, conde de Monferrato. Partió á Soissons, donde recibió la cruz de Foulques de Nevilli, que seguia siendo el alma de esta empresa; á la que no pudo asistir con gran sentimiento de los cruzados por haber muerto al cabo de algunos meses en su parroquia de Nevilli. Volvió á sus estados el conde de Monferrato para hacer los preparativos de su viage: luego entró á Francia con el fin de ponerse á la cabeza del egército, el cual partió para Venecia hácia Pentecostes del año 1202. En el camino encontraron una muchedumbre de otros cruzados que se unieron á ellos alegremente, con el intento de embarcarse todos juntos para ir en derechura á Egipto, á fin de no romper la tregua que los cris-

(1) *Vill. Hard. n. 7. et seq. = Gest. Innoc. III. n. 83. et seq.*

71. Los cruzados, al ver que no comparecía ningún diputado, se acercaron á la ciudad, forzaron la cadena que cerraba la puerta, y pasaron á tiro de saeta por debajo del muelle y de las murallas, coronadas de tantos combatientes, que segun cuenta Villa-Harduino en una relación verídica, parecia una masa de armas relucientes. Pasaron los occidentales á cuchillo á todo el ejército del tirano Alejo, que era seis veces mayor que el suyo, y le obligaron á encerrarse dentro de la ciudad. Alejo admirado de la pujanza de los latinos, no se creyó seguro en su doble fortaleza, defendida por doscientos mil hombres; y metiéndose desesperado en un bosque, huyó hácia la Tracia. Al punto los senadores y los principales ciudadanos sacaron de la prision al Emperador Isaac, y abrieron sus puertas á los cruzados que entraron con el jóven Alejo en medio de las aclamaciones del pueblo. Confirmó Isaac el tratado que hicieron con su hijo. Despues de coronado Emperador este jóven Príncipe en el primer dia de Agosto del mismo año de 1203, escribió al Papa como á Cabeza de la Iglesia universal, y le prometió obligar á todos sus súbditos á renunciar el cisma.

72. Tal era el aliciente ilusorio que empleaban los griegos, siempre que tenian necesidad de los occidentales. Olvidó Alejo sus promesas así que creyó podia pasar sin sus bienhechores. Se separó de ellos insensiblemente, y franqueó sin reserva su corazón á uno de sus parientes, llamado como él, Alejo, y mas conocido aun por el nombre de Murzulphe, que

le hizo dar el aspecto siniestro de sus cejas herizadas. Quejáronse al Emperador jóven los Príncipes latinos de la infidelidad á su palabra, y el elocuente y altivo Bethune que iba á la cabeza de la diputacion, habló con tal entereza, que los griegos, siempre insolentes cuando no se ven en riesgo, estuvieron para pasar á cuchillo á los diputados, y los despacharon con amenazas injuriosas. Estalló al punto el rompimiento, y se prepararon al combate: en el interin murió el Emperador Isaac.

Formó entonces Murzulphe el intento de hacerse él mismo Emperador. Habíase hecho el jóven Alejo muy odioso á los griegos por sus exacciones, que llegaron al término de no exceptuar los vasos sagrados, con pretesto de satisfacer á los latinos. Los desórdenes ocasionados por la guerra que tuvo con ellos, despues de tantas contribuciones, y las imprudencias de toda clase á que le precipitó el traidor Murzulphe, dueño absoluto de su corazón, pusieron el colmo al odio y al desprecio público. Mostróse de repente la revolucion sin que el imprudente Alejo tuviese de ella la menor sospecha. Murzulphe, despues de algunas vanas tentativas para envenenar á su rival, tomó un medio mas seguro, que fue el de ahogarle con sus propias manos el 8 de Febrero de 1204, seis meses y ocho dias despues de la coronacion de este desgraciado Príncipe. Hizose el parricida proclamar Emperador, y declaró la guerra á los Príncipes cruzados.

73. Animaron su valor todos estos motivos reuni-

dos, y les persuadieron que no debían considerar el prodigio de su primer triunfo sino como un suceso ordinario. Se apoderaron efectivamente de la ciudad con tanta celeridad como en la primera vez. Después de un asalto que duró todo el día, entraron en ella por escalada. Murzulphe que se encontraba acampado sobre una altura con más de cien mil hombres, se puso en fuga en la noche siguiente. Toda la ciudad se dirigió al otro día en procesion á pedirles misericordia. Concedieronles la vida, y se permitió el pillage, prohibiendo á los soldados conspirar contra el honor de las mugeres. Hallaron riquezas inmensas, á pesar de que los griegos tuvieron tiempo de enterar la mayor parte, aunque se encontraron después de hecha la paz. Nunca, dice Villa-Harduino, se hizo en parte alguna un botin tan rico de oro, plata y piedras preciosas. Halláronse cuatrocientos mil marcos de plata para los franceses, y otros tantos para los venecianos; sin hacer mérito de lo que cada particular cogió para sí, contra la órden publicada de llevarlo todo á un mismo sitio, así para hacer una justa distribucion, como para deducir la cuarta parte del total á beneficio de aquel Príncipe de los cruzados que fuera elegido Emperador. Igualmente cogieron una multitud prodigiosa de reliquias insignes, que todos los Emperadores desde Constantino el Grande se esmeraron en transferir á la nueva Roma, y que de allí se esparcieron por todo el occidente; mas no fue fácil en tal confusion hacer constar la autenticidad.

74. Luego se trató de elegir un Emperador, y nombraron doce electores, seis franceses, todos eclesiásticos, y seis legos venecianos. La eleccion recayó en Balduino, conde de Flandes y de Hainault, el cual en la edad de treinta y dos años tenia todas las cualidades capaces de hacerle respetable. Fue elegido el segundo domingo después de Pascua, y coronado con solemnidad en Santa Sofia el domingo siguiente 17 de Mayo de 1204 (*). Habiendo convenido en que si era exaltado un francés al trono imperial, lo debiese ser al patriarcado un veneciano, eligieron por patriarca á Tomás Morosini, natural de Venecia y cardinal subdiácono de la iglesia romana. Para indemnizar al conde de Montferrato, gefe de los cruzados, de la preferencia concedida al conde de Flandes, á quien emulaba en valor, en sabiduría y en otras cualida-

(*) Al subir Balduino I al trono de Constantinopla, quedó solamente un simulacro del grande imperio que fundó Constantino en oriente. Aun prescindiendo de las conquistas que hicieron hasta entonces los califas de Egipto y de la Siria, las divisiones que se siguieron á esta ocupacion de los latinos, desmembraron de tal modo el imperio que se vió reducido al estado de una potencia muy inferior á las monarquías de occidente. Erigieronse á la vez tres tronos, vecinos y por lo mismo émulos del de Constantinopla: el Príncipe Bonifacio de Montferrato fue declarado Rey de Tesalia ó de la Morea. Teodoró Láscaris, yerno del Emperador Alejo Angelo, formó para sí un imperio en Nicéa ó Andrinópolis: Alejo Comneno se coronó Príncipe y después Emperador de Trebisonda; y los venecianos se apoderaron de varias islas del Archipiélago formando otro estado independiente: así fue caminando á su total ruina el imperio de oriente, en otro tiempo tan brillante y poderoso.

des dignas del trono, le nombraron Rey de Tesalia. En fin, nada se omitió para establecer sólidamente el imperio de los latinos en Constantinopla; más habia una especie de fatalidad, inseparable de todas las empresas del occidente en oriente. Despues de algunos reinados y mil agitaciones funestas, veremos á todos estos peregrinos conquistadores experimentar iguales reveses en Grecia que en Palestina.

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO TRIGÉSIMO-NONO.

N. 1.º Disposiciones de Inocencio III relativas á la conquista de Constantinopla. 2. Division de los cristianos en el principado de Antioquia. 3. Fin desgraciado del Emperador Balduino. 4. Institucion de los carmelitas. 5. Foulques arzobispo de Tolosa. 6. Mision del obispo de Osma en el Languedoc. 7. Principios de Santo Domingo. 8. Martirio del legado Pedro de Castelnaud. 9. El Papa escita los Príncipes y los pueblos contra los sectarios. 10. Hazañas de los cruzados de Languedoc. 11. Simon de Monforte instituido gefe de los cruzados. 12. Juan Sin-tierra depuesto del reino. 13. El Príncipe Artus asesinado por Juan Sin-tierra. 14. Sumision de Juan Sin-tierra. 15. Batalla de Bovines. 16. Embajada de Juan Sin-tierra al Rey de Marruecos. 17. Agitaciones en el imperio. 18. Eleccion de Federico II. 19. Sucesos de España. 20. Liga del Rey de Aragon con el conde de Tolosa en favor de los albigenses. 21. Batalla de Muret en la que pereció el Rey de Aragon. 22. Muerte santa de Balduino de Tolosa. 23. Institucion del Rosario. 24. Principios de San Francisco. 25. Su regla es aprobada por el Papa. 26. Su primer establecimiento. 27. Sus predicaciones. 28. Retiro de

tianos de Palestina habían hecho con los infieles de Siria.

En este largo intervalo, una armada mandada por Juan de Nele, señor de Briga, pasó el estrecho de Gibraltar, y otra multitud de cruzados así franceses como flamencos, á pesar de sus promesas tomaron tambien una ruta muy otra de la de Venecia, lo que puso á los que llegaron á esta república en la imposibilidad de pagar á los venecianos la suma acordada. Despues de haber satisfecho la parte que les tocaba de lo que habían prometido, y aun despues que el conde de Monferrato, el de Flandes y los otros señores principales empeñaron su vagilla de oro y plata y cuanto pudieron, faltaban aun para completar la suma estipulada treinta mil marcos de plata. Les propuso para el cobro del resto, Enrique Dandol, anciano venerable que hacia nueve años que gobernaba la república con mucha sabiduría, que ausiasen á los venecianos en la reconquista de la ciudad de Zara, en Dalmacia, usurpada por el Rey de Hungría: él se obligaba por su parte, aunque ciego y de mas de ochenta años, á acompañarles con cincuenta galeras para libertar el santo sepulcro. Repugnaban tanto mas los cruzados volver las armas preparadas para abatir á los enemigos del cristianismo contra un Príncipe cristiano, tambien cruzado, quanto el Sumo Pontífice lo habia prohibido espresamente, y su legado hacia ya vibrar sobre sus cabezas los rayos de la Iglesia; pero los deudores, estrechados por una especie de necesidad, aceptaron la propuesta. El con-

de de Monferrato, á quien el Papa habia hecho esta prohibicion en persona de viva voz, pretestó prudentemente un motivo de ausencia, y no se halló en el sitio de Zara. Tomó Simon de Monforte bajo de su proteccion al abad de Valdesernay, cuya vida estuvo en peligro por haber denunciado á los señores la prohibicion pontificia. Además separóse del egército junto con Guido su hermano y algunos otros generales, y se pasó al del Rey de Hungría, de donde sin embargo volvió á la tierra santa. Pasó adelante el sitio de la plaza, y fue tomada al quinto dia.

70. La proximidad del invierno forzó al egército á esperar en Dalmacia una estacion mas propicia para acometer al Egipto. Entretanto el Príncipe Alejo, hijo de Isaac Angelo, Emperador destronado de Constantinopla, imploró el auxilio de los Príncipes cruzados. Siete años hacia que otro Alejo, hermano de Isaac, habia arrancado la corona á este infeliz Emperador, despues de haberle mandado sacar los ojos el dia 10 de Abril de 1195, y le tenia en una dura prision, donde le daban el alimento por medida como al mas desdichado de los hombres. Era al propio tiempo el hijo de Isaac cuñado de Felipe de Suabia, electo Rey de los romanos, y fue á encontrarse con este Príncipe para captar con mas facilidad por su mediacion la benevolencia de los otros Príncipes latinos. Felipe les envió á este efecto embajadores, y habiendo llegado poco despues el mismo Alejo, ratificó lo que en su nombre se habia prometido; esto es, que sujetaria en primer lugar el imperio de Cons.

Constantinopla á la obediencia de la santa Sede: que suministraría doscientos mil marcos de plata para la empresa de los cruzados, y víveres para todas las tropas: que les acompañaría en persona donde mejor les pareciera: que enviaria diez mil hombres á sus expensas para hacer la guerra por espacio de un año, y que toda su vida pagaria quinientos caballeros para la defensa de los santos lugares.

Habia prohibido el Papa á los cruzados acometer á Constantinopla, de la misma manera que á Zara, por cuanto siempre se derramaba sangre cristiana, y se perdía de vista el objeto principal del viage. Por el contrario, ellos se persuadian que estableciendo un Emperador que les fuera adicto, sus progresos en Siria y en Egipto serian mas rápidos, y llegaron á creer que el Papa nada podia desear mas que el ver establecida su potestad en Constantinopla, si fuese posible, y que el buen suceso de esta empresa les obtendria con facilidad el perdon. Mas las dificultades y riesgos los llenaban de pavor. Su ejército, despues de la partida del religioso Simon de Monforte y de otros muchos señores que quisieron obedecer á la letra, quedaba reducido á unos cuarenta mil hombres; y se trataba de atacar á una ciudad muy bien fortificada, donde habia mas de doscientos mil hombres armados: aunque esceptuando algunas tropas extranjeras, asalariadas por los Emperadores de Constantinopla, todos los demás eran gente poco valerosa, y de los mismos ciudadanos la parte mas sana ansiaba la llegada del jóven Alejo.

No dejó el tirano su tio de mostrar desde luego resolucion, y aun de revestirse de un tono muy orgulloso, que era sobrado jactancioso para poder inspirarle el verdadero valor (1). Envió á los latinos una especie de heraldo, de nacion italiano, con el mandato de decirles: „¿Por qué compareceis en mis dominios vosotros que sois cristianos como yo, y que aspirais tambien al recobro de la tierra santa? Si necesitais de víveres ó de dinero, os lo daré con gusto, con tal que saliendo de mis estados continúeis vuestra piadosa expedicion: pues yo no pretendo haceros ningun daño, aunque tengo fuerzas para ello. No evitariais la muerte ó la derrota aunque fueseis veinte veces mas, si yo quisiera desplegar mi venganza.” Conon de Bethúne se levantó, y en nombre de los barones contestó: „no es en los estados de Alejo, el tirano, donde hemos entrado, puesto que el imperio no le pertenece. Quanto podemos prometerle, si quiere restituir la corona á su dueño legítimo sentado aquí entre nosotros, es que pediremos á este jóven Príncipe que le perdone sus atentados: el usurpador debe contentarse con disfrutar de la honrosa comodidad que su augusto sobrino, en consideracion á su sangre, tiene la generosidad de ofrecerle. Volviéndose con aspecto horrible al legado; partid quanto antes, le dijo: llevad esta contestacion á quien os envia, y no tengais la audacia de volver otra vez, á no ser para prometer la satisfaccion que le importa dar sin demora.”

(1) *Vill. Hard. n. 72.*